

LA CENSURA,

REVISTA MENSUAL.

PUBLICANLA EL EDITOR Y SOCIOS LITERARIOS DE LA BIBLIOTECA RELIGIOSA.

HISTORIA.

271. HISTORIA DE LA SOCIEDAD DOMÉSTICA EN TODOS LOS PUEBLOS ANTIGUOS Y MODERNOS ó sea INFLUENCIA DEL CRISTIANISMO EN LA FAMILIA: por el presbítero J. Gaume, vicario general de la diócesis de Nevers, caballero de la orden de S. Silvestre, individuo de la academia de la religión católica en Roma etc.: dos tomos en 8.º marquilla (1).

«Una vez que hay audacia en el día para publicar el error entero (dice el sabio autor en el discurso preliminar de esta obra), ha llegado el tiempo de decir á todos la verdad entera. Este es el último esfuerzo que vamos á tentar para reunir la familia al cristianismo. Cuando nos dirigimos á la sociedad doméstica, nos dirigimos á todos y á nosotros mismos, porque todos mientras existimos, niños, jóvenes, ancianos, clérigos ó seglares somos miembros de la familia. Es preciso que sepamos lo que eramos, lo que seríamos aun, lo que volvemos á ser sin el cristianismo: nuestra fé, nuestra gratitud, nuestra fidelidad existen mas que nunca á este precio.

»Para llegar á esta revelacion decisiva no podian bastar conjeturas, inducciones, ni aun observaciones generales: era necesaria la historia é historia completa y circunstanciada. Pero, gran Dios, ¿qué es la historia de la sociedad doméstica fuera del cristianismo si no una relacion continua de leyes, costumbres, supersticiones opresivas, crueles é inmorales, que son las mismas en Occidente que en Oriente, excepto algunas *variantes* debidas al clima, á la ilustracion y á la índole particular de los diferentes pueblos? Esta relacion constituye forzosamente el fondo de nuestra obra en muchas partes. Necesitamos justificarla como necesitamos justificarnos á nosotros mismos de haber entrado en todas estas circunstancias individuales que no pueden leerse sin avergonzarse del género humano »

(1) Esta obra consta en realidad de tres tomos, los dos que ahora anunciamos, y el magnífico discurso preliminar publicado ya en la *Biblioteca religiosa* bajo el título: *¿A dónde vamos á parar?* Pero para los que tengan ya este, se venden sueltos los dos tomos de la *Historia de la sociedad doméstica* á 28 reales en Madrid y 52 en las provincias en los puntos donde se suscribe á dicha *Biblioteca*.

Mr. Gaume para no dejar ignorar nada á las familias ni de los beneficios del cristianismo, ni de las obligaciones de ellas para con este, ni de sus intereses, ni del partido que deben abrazar, presenta su historia en cuatro grandes cuadros.

«En el primero (dice) os vereis como erais antes del cristianismo: en el segundo tales como os formó el cristianismo: en el tercero os vereis tales como sois otra vez sin el cristianismo: en el cuarto os vereis tales como os volveis á medida que se aleja de vosotros el cristianismo.»

La primera parte de la obra abraza la historia de la familia antes del cristianismo: se da una idea general de ella: se expone su origen, su importancia, sus caracteres primitivos: cuál fue bajo la influencia del judaismo y cómo vino á degradarse en el pueblo escogido de Dios. Recorriendo el autor las diferentes naciones de la antigüedad manifiesta el estado de la familia en aquella época entre los cananeos, babilonios, medos, persas, tracios, indios y partos, en las repúblicas de la Grecia, entre los egipcios, cartagineses y nómidas, entre los galos, germanos, bretones y otros pueblos del norte de Europa, entre los romanos en tres épocas ó sea desde la fundacion de la ciudad hasta los decemviros, desde los decemviros hasta el fin de la república y bajo el imperio de Augusto.

Estremece la pintura de la familia pagana en la época del nacimiento de Jesucristo.

«Todos los vicios y todos los géneros de corrupcion (dice el autor en la p. 103 del tomo 1.º) peculiares de los diferentes pueblos del oriente y del occidente que habia sujetado Roma á sus leyes, habian venido sucesivamente á caer como otras tantas gotas de veneno en la copa de oro de la gran prostituta. Y cuando el tóxico cuidadosamente compuesto por todos los artifices de las riquezas, del lujo y de las artes se hizo mas activo por todas las sutilezas de una infinita cultura material; cuando rebo-

saba la copa de puro llena; la gran prostituta bebió de ella hasta embriagarse, hasta enloquecer, y se la hizo beber á todos los pueblos de la tierra: Roma formó el mundo á su imagen. Ni una nacion de las que se doblegaron bajo de su cetro, dejó de participar de su espíritu.

»Ciertamente si habia un pueblo que debiese librarse de la accion corruptiva de la Roma de Augusto, era el pueblo judío, confinado en los límites mas remotos del imperio y separado de la ciudad, aun menos por la distancia de los lugares y el inmenso espacio de los mares que por su caracter, hábitos, leyes, religion y odio á los extranjeros. Sin embargo ya hemos visto que la corrupcion legislativa bajada del Capitolio habia penetrado en Jerusalem: el pueblo de Dios vivia con las costumbres de Roma.»

De la exacta pintura de la familia pagana se evidencia que de ella habian desaparecido la unidad, la indisolubilidad, la santidad, la union de los corazones y el mutuo amparo que en la intencion del Criador debian hacer de la sociedad doméstica el asilo sagrado de la felicidad y la fuente siempre fecunda de la virtud: que el padre y el esposo despojado de su augusto caracter de representante de la divinidad no era ya mas que un déspota sucesivamente cruel, libertino, inconstante y dissipador: que la madre y la esposa no tenia otra perspectiva que dolores y humillaciones: si era esteril, estaba condenada sin compasion á un ignominioso repudio: si fecunda, era con mucha frecuencia arrebatado de sus brazos y echado á la calle el fruto de sus entrañas. Tanta opresion y tanta ignominia debian de tener un término, y por una consecuencia natural la mujer corrompida se hizo corruptora, y si no sobrepujó, procuró á lo menos sobrepujar en licencia y procacidad al hombre su corruptor y su tirano.

Todavía mas desgraciada, si cabe, fue la suerte del hijo, ente debil y falto de toda proteccion y amparo. La exposicion pública, la muerte y el sacrificio, tal era la herencia de los párvulos entre las naciones gentiles, aun esas que se nos presentan hoy como modelos de cultura y dechado de filosofia y legislacion. Con respecto á los hermanos el despotismo dominante en la familia producía entre ellos relaciones análogas á las que establecia entre el esposo y la esposa, el padre y la madre, los padres y los hijos: no habia espíritu de familia; no existía el sentimiento mas dulce que puede reinar entre los hijos de unos mismos padres, el amor fraternal.

«¡Con que es cierta (exclama el autor al

concluir este capítulo), completamente cierta la enérgica expresion de san Juan Crisóstomo que al nacer el cristianismo estaba el mundo podrido en sus costumbres! ¡Con que es cierto, completamente cierto que esa infinita cultura material del siglo de Augusto no era mas que una brillante mortaja bajo de la cual se encubria un cadaver! ¿Y quién restituirá á la vida este cadaver?»

En seguida examina el autor lo que hicieron los sacerdotes, filósofos y legisladores paganos para salvar la sociedad doméstica; y de este examen resulta que todos declararon su impotencia. Los sacerdotes de los ídolos despues de poner en movimiento todos los resortes de su religion para restituir la vida al muerto volvieron la cara y se retiraron diciendo: *Ya huele mal*. Acercaronse orgullosos los filósofos, y aguzando su ingenio y consumiendose en largas vigiliass no pudieron ni aun con todos los sistemas que es capaz de forjar la razon libre de toda traba y la mas acalorada fantasia, resucitar el cadaver abandonado por los sacerdotes. Pero aun hubo otra cosa peor; no solo no salvaron al género humano, sino que armados del sofisma y de la duda conmovieron todas las antiguas creencias y abrieron ancha brecha en las buenas costumbres. Faltaban los legisladores, depositarios de una potestad casi absoluta; pero Licurgo, Solon, Rómulo, Numa y Augusto, todos hubieron de darse por vencidos y confesar con algunos filósofos que las leyes no tienen virtud para curar los males del alma.

Sentado pues y probado que el dia antes de nacer el cristianismo se confesaba vencida la sabiduría humana para tan alta empresa, se deduce que habia necesidad de una fuerza divina para llevarla á cabo. Oigamos la magnífica introduccion con que el autor empieza la historia de la regeneracion de la familia por el cristianismo:

«Mientras que los sacerdotes, los filósofos y los legisladores paganos intimados para restituir la vida á la humanidad se retiraban del sepulcro de esta confesando su impotencia; sonaba en el reloj de la eternidad la hora señalada en los decretos eternos para la restauracion de todas las cosas. El hijo de Dios, Dios como su padre, el Verbo por quien todo habia sido hecho, bajaba á la tierra para salvar lo que habia perecido. Sin dinero, sin espada, sin ninguno de los poderosos medios de que habian dispuesto Augusto, Platon y Licurgo, emprende con la ayuda de doce pescadores rudos é ignorantes lo que hacia desesperar á los grandes y los sabios. ¡Qué temeridad! ¡Qué locura! ¡Qué asunto de irrision y escándalo! Hace que le lleven al sepulcro del gran Lázaro

como al del hermano de Marta y Maria. En vano le dicen que el género humano está muerto: que yace mucho tiempo há en un sepulcro de sangre y podredumbre: que ya huele mal: con la misma voz que animó la nada y será obedecida de la muerte, dice al cadáver putrefacto: Levantate y anda. Y el género humano sacudió su mortaja, se levantó, anduvo, y anda aun, y andará hasta su descanso final en la vida eterna (tomo 1.º, p. 146).»

El padre, la madre, el hijo, los hermanos, todos son regenerados por el cristianismo, que modera y regula la autoridad del uno, establece los derechos y asegura la dignidad de los otros: la familia degradada y envilecida ó mejor dicho la familia que no existia como tal, regenerada por el Evangelio llega á ser segun la expresion de los santos padres *una iglesia particular en la que los padres son los sacerdotes y los hijos los fieles.*

Mr. Gaume hace una pintura tan viva como fiel de la familia cristiana en los primeros siglos de la iglesia: nos describe cómo se celebraban las bodas de los cristianos, cómo eran educados los hijos, qué virtudes resplandecieron en el hogar doméstico, y con qué solicitud miró desde luego la iglesia por la familia, por los diferentes miembros de ella y en particular por la mujer y el niño. No queremos omitir un pasaje en que el autor habla de la gloriosa institucion de la caballería.

«La glorificacion de la mujer en Maria descendió pronto de las alturas del orden religioso á las costumbres sociales. No solo difundió sobre el ser debil un reflejo divino que le sirvió de defensa contra las injurias de los hijos del norte, sino que convirtiendose en hechos materiales formó una liga armada para proteger á la mujer y vengar su honor, su libertad y sus derechos ultrajados. Sí (y yo no sé si sueño al escribir esto), á la mujer, á ese ser desventurado á quien se divertia en oprimir y envilecer el mundo pagano, ejecutor desapiadado y muchas veces injusto de las anatemas divinas, le da la iglesia una guardia de honor mas lucida, numerosa y fiel que la de los monarcas poderosos. Gran Dios, ¿qué hubieran dicho los griegos de Licurgo y de Solon, los romanos de Rómulo ó de Augusto, si resucitando y recorriendo la Europa de la edad media hubiesen encontrado en el camino esas legiones de nobles caballeros armados de hierro, consagrando sus vidas y haciendas á la defensa de la mujer y vengando intrépidos los derechos despreciados de esta, el opresor y el verdugo protegiendo al oprimido y á la víctima, y los pueblos aplaudiendo este rendimiento incomprendible? Sin embargo gracias al cristianismo el mundo vió sin asombrarse este prodigio inaudito, y las palabras que dirigia la

iglesia al noble caballero vistiendole la armadura, resonarán para siempre como un glorioso testimonio de su solicitud maternal por la mujer que adoptó su amor y regeneraron sus afanes.»

Describe el acto solemne de armar caballero al paladin cristiano, quien se preparaba con los sacramentos de la iglesia á cumplir su alta y gloriosa empresa, proteger al debil en general y á la mujer en particular, y concluye con esta reflexion:

«..... baldon eterno á Boyardo, Ariosto y todos los culpables novelistas, escritores embusteros y malos ciudadanos, que han desfigurado profanandola esa gloriosa caballería, institucion eminentemente social en el espíritu de la iglesia y una excelente página de la historia (tomo 1.º, p. 289, 290, 292).»

El autor despues de haber viajado por las regiones de la antigüedad penetra en las modernas que no han recibido aun la luz del Evangelio, para mostrarnos que yacen sentadas en las densas sombras de la barbarie y de la muerte y que en ellas se presenta la familia tal como la hemos visto en el siglo de Augusto, degradada por el despotismo y el sensualismo. Entrambas Américas septentrional y meridional, la Oceania y la Australia, el Egipto, la India, la China, la Corea, el Japon, la Tartaria, la Persia, la Armenia y la Turquía ofrecen tristes ejemplos de esta verdad. Viniendo á Europa Mr. Gaume expone la historia de la degradacion de la familia en esta parte del mundo y reduce las causas capitales de ella á tres, el debilitamiento de la antigua fé, la intrusion del paganismo en la educacion y el protestantismo y las doctrinas que son su consecuencia. Examina en particular cada una de estas tres causas, y luego por contraposicion manifiesta cómo fue protegida la familia por la iglesia para reparar las brechas que abriera la reforma protestante. Entre todas las naciones de Europa escoge las dos que se colocan arrogantes á la cabeza de la civilizacion, la Inglaterra y la Francia, y examina cuál es el estado físico, intelectual y moral de la familia en cada una de ellas. Horroriza la pintura que hace de Inglaterra; y mas de cuatro apasionados de esta nacion corrompida y degenerada se quedarian frios si leyeran y meditaran atentamente las sentidas, cuanto elocuentes páginas del libro de nuestro autor. ¡Que no podamos copiar muchas de ellas! Francia, servil imitadora de su poderosa rival, ofrece el mismo espectáculo de degradacion de la familia, y sobre todo la orgullosa Paris que da la ley al reino entero y quisie-

ra darla al universo. Lease lo que dice de ella el autor (p. 234 y 35, tomo 2.º):

«..... París contiene en su vasto recinto una población cuyo estado físico y moral apenas se atreve uno á describir. En ninguna parte quizá, si se exceptua Inglaterra, se encontrarían en la superficie del globo familias más degradadas. No lo extrañemos, porque en ninguna parte se siente con menos obstáculo la perniciosa influencia de las doctrinas anticristianas. Si se quiere ver un pueblo formado á la imagen de la filosofía y de la industria materialista, no hay sino visitar ciertos barrios de la capital, entre otros los de Saint-Avoye y S. Martin, de la montaña de santa Genoveva, del arrabal de S. Marcelo y de la ciudad antigua. ¿Qué se encuentra allí? Unos arroyos infectos que acarrearán todas las inmundicias de las fábricas y talleres establecidos en ellos, unas tapias que respiran tristeza, humildad y podredumbre, unos corredores sombríos y helados, unos chiribitiles siete veces sobrepuestos donde hormiguan unos artesanos pálidos y extenuados, y vapores nauseabundos que se exhalan de todas partes, de las lumberras de las cuevas donde se fabrican vinos adulterados, y de los pisos bajos donde hierve el tinte de las sombrererías, verdaderas termas de la peste, del cólera y del tifo, en donde los miasmas están saturados de moléculas que vician el aire, corroen los pulmones y secan á los desgraciados que los respiran de día y de noche.

«Así ¿cuál es la población de una parte de esos barrios? Una casta ruin de mendigos, borrachos y traperos degradados por los vicios, saturados de alcohol y comidos de miseria y de asquerosas enfermedades, unos muchachos degradados, *cretinos* inmóviles, pero groseros y depravados, que solo tienen de la especie humana la malicia y las torpes inclinaciones.»

Hablando de la industria egoísta y peligrosa á que con una especie de frenesí se entrega la Francia, hace el autor esta especie de vaticinio de la última revolución de febrero de 1848 y de las que amenazan (la obra se escribió en 1844):

«Otra necesidad más urgente hay en que debéis pensar, y es la conservación de las riquezas morales que son la verdadera fuerza de las naciones. En vano producís soberbias indianas, preciosas telas de seda ó de lana: en vano fabricáis hierro en abundancia, si con eso tenéis un pueblo sin fé, sin costumbres, sin espíritu de sacrificio. Atended: ó los principios anticristianos que os minan, ó los partidos que os dividen, ó los bárbaros que os amenazan, sabrán despojaros de esas riquezas adquiridas con el sudor del pueblo, á costa de su vigor, de sus costumbres y de sus creencias y hasta de su honor y libertad.»

Después de exponer el autor las enfer-

medades que aquejan á la sociedad doméstica, indica los medios de salvarla, los cuales pueden muy bien resolverse en este general, levantar el destierro al cristianismo y restituirle el lugar que le ha sido usurpado en las instituciones, en las leyes, en las costumbres, en la educación, en las ciencias y en las artes, en fin en todos los elementos constitutivos ó integrantes de la sociedad.

Así Mr. Gaume llena cumplidamente el objeto que se propuso en su obra, á saber, demostrar hasta la evidencia que la familia entre los gentiles degeneró de su primitivo estado y del fin para que Dios la instituyera: que bajo la influencia del cristianismo recobró toda su belleza y esplendor: que á medida que empezó á sustraerse de aquella, fue perdiendo todos sus caracteres esenciales; y que para ser restaurada y volver á su estado primero no hay otro medio sino someterse á la dichosa y eficaz influencia del cristianismo, bajo cuyo amparo solamente cumplen sus deberes y son felices el padre y el esposo, la madre y la esposa, los hijos y los hermanos, en una palabra todos los individuos de la sociedad doméstica.

Creemos que en la situación presente de la Europa y de todo el mundo se leerá con sumo interés este precioso libro, cuyo discurso preliminar, obra acabada en su género, bastaría por sí solo para granjear al autor el título de profundo filósofo cristiano.

275. MANUAL CRONOLOGICO DE HISTORIA UNIVERSAL, por Mr. Michelet; traducido y adicionado con la parte antigua y contemporanea por la señorita P. E.; obra adoptada por el consejo de instrucción pública para que sirva de texto en los institutos de segunda enseñanza: un tomo en 8.º

Al leer el nombre de Mr. Michelet, que no está en muy buen olor entre los católicos de Francia por sus ideas, sospechamos que este librito contuviera buena dosis de veneno. Por fortuna aunque el *Manual cronológico* literariamente considerado valga poquisima cosa, no adolece de errores en materia de fé y buenas costumbres; pero vamos á indicar algunos defectos que en nuestro juicio merecen corregirse.

En la p. 6 se dice que los hombres por orgullo y por no separarse principiaron á construir el edificio de Babel; la Vulgata pone *antequam dividamur in universas terras*, que es idea muy diversa. A lo que el autor llama edificio, llama aquella *civitatem et turrim*, ciudad y torre.

P. 114. *El concilio de Pisa:* los católicos le llaman justamente conciliábulo.

En la p. 127 se lee:

«Lutero ataca la venta de las indulgencias, quien mejor informado recurre al papa.»

Esta concisión y defectuosa explicación de un hecho tan importante puede inducir en errores muy capitales. Es verdad que el herejarca tomó pie de los abusos (sin duda ninguna exagerados) de los que publicaban en Alemania las indulgencias; pero no se limitó á combatir la venta de ellas, sino que impugnó la validez y eficacia de las indulgencias mismas, y de ahí comenzó á desbarrar hasta caer en el abismo de la herejía.

En la p. 138 dice el autor:

«Toda esperanza de conciliación se pierde por la disolución del concilio de Trento.»

Es equívoco el sentido de esta proposición, y no faltará quien la interprete de un modo contrario á la verdad histórica y ofensivo á los sumos pontífices de aquella era y á los venerables padres de tan memorable concilio. No hubo conciliación porque no quisieron los reformados que la hubiera; pero no por falta de longanimidad, amor á la paz, espíritu conciliatorio, consideraciones etc. de los pontífices y obispos católicos.

P. 162. En el reinado de Jacobo I de Inglaterra hablando de la tolerancia que tuvo

con los católicos, se pone al lado de la expresión tolerancia y entre paréntesis: *conspiración de la pólvora*. Como entre los herejes de entonces y los *despreocupados* de ahora se ha querido achacar aquella conspiración á los católicos, estando probada la falsedad de semejante imputación, hubiera sido bueno expresar el pensamiento de otra manera.

La traducción de este libro que no pasa de ser un índice cronológico bastante descarnado en algunos períodos y sobre todo en lo relativo á Francia, está hecha como de mano de mujer, muy tierna en el idioma que traduce, y poco ó nada instruida en materia de historia, geografía, literatura etc. Entre los mil disparates de que está plagado el libro recomendado (con rubor lo decimos) por el consejo de instrucción pública, citaremos estos: los *maires* (mayordomos de palacio), *coutumes* (fueros), escuelas *buissonieres* (quedarán enterados los muchachos y aun ciertos maestros: en plata son las escuelas luteranas llamadas así porque los herejes de París las tenían en los bosques), Güeldra, Farneses, Utreque, Zuingleo, Cristierno (Cristiano), revolución de tal ó cual personaje por rebelion (*revolte*), Paulo Jove, Justo Lipse, Tierra nueva (Terranova), el bello espíritu (*le bel esprit*): á los escritores Le Clerc, Le Bossu, Le Sage y otros que empiezan por *Le*, los llama *El Clerc, El Bossu, El Sage*.

NOVELAS.

276. HISTORIA QUE PARECE NOVELA; por D. Fernando Corradi: un tomo en 8.º

Matilde, el lucero de Sevilla, pervertida por su infame madre, se prostituye vilmente; pero guardando cierto recato y tomando precauciones para ocultar al público su liviana conducta. Con este artificio consigue que se acerquen á ella con fin honesto varios jóvenes prendados de su hermosura y aparente virtud; y uno de ellos llega á pedir formalmente la mano de Matilde, cuya madre se apresura á dar su consentimiento ó mejor dicho exige que el joven se decida y declare cuanto antes. Pero la divina providencia hace que casi en víspera de efectuarse el casamiento descubra Eduardo (así se llamaba el novio) el trato torpe de Matilde, á quien abandona despreciandola como merece. Ella avergonzada y llena de dolor y desesperación, no habiendo logrado que su novio le diese la muerte, corre á buscarla á las márgenes del Guadalquivir de donde la sacan cadáver. Su vil corruptor, temeroso del resentimiento de

Eduardo y perseguido de sus acreedores, huye de Sevilla: la infame madre de Matilde queda reducida á mendigar una limosna.

El objeto de la presente novela es moral y tambien lo es su desenlace, pues cada uno de los personajes de ella recibe su merecido; sin embargo adolece de malicia por las razones siguientes: 1.ª trata de materias amorosas y lascivas, leyendose algunos pasajes tiernamente apasionados y aun voluptuosos: 2.ª el vil seductor de Matilde es un canónigo de Sevilla, á quien se representa encenagado en todos los vicios é imbuido en las máximas de la mas detestable inmoralidad, y para hacer mas irritante el contraste se le supone realista, introduciendo otro eclesiástico hermano suyo, que es liberal y está adornado de las mas relevantes virtudes: 3.ª hay ciertos pasajes que agravan la malicia de este libro. Los citaremos.

En la p. 70 se habla de un desafío entre dos rivales amantes de Matilde, y el que refiere el lance dice:

«Convencido por último de la inutilidad de

mis esfuerzos consentí, como era de mi deber, en servir de padrino al capitán en este desafío.»

Esta proposición es falsa é inductiva de error: el deber verdadero de un cristiano es al contrario impedir el desafío, y si no puede, por lo menos no coadyuvar á él, ni tomar parte directa ni indirecta en un acto condenado por las leyes divinas y humanas.

El capitán muere inmediatamente después del desafío, y en vez de pensar en su alma se acuerda solo de su amada á quien deja en memoria una sortija. No contento el autor con atribuir al capitán este fin trágico y gentilicio se burla de las disposiciones de la iglesia diciendo en las p. 76 y 77:

«Y esta mujer (la madre de Matilde) que hermanaba con las ideas más profanas ciertas preocupaciones religiosas, exclamó entre otras cosas con tono compungido: Mucho es de sentir la muerte de este joven; pero especialmente el que haya fallecido sin confesión; pues de este modo pelagra la salud de su alma.»

Parece según el contexto que esta máxima cristiana, cierta y verdadera se tacha de preocupación.

En consecuencia no tememos calificar de peligrosa cuando menos la lectura de la *Historia que parece novela*, por su espíritu y tendencia, por la materia sobre que versa en su mayor parte, y por los pasajes de que queda hecho mérito.

277. LA CONDESA DE LAFAILLÉ ó LYON EN 1793; novela traducida del francés: tres tomos en 8.º menor.

Aunque el fondo de esta novela está sacado de los horrendos acontecimientos de la ciudad de Lyon en la época del terror, se han ingerido los amores de la condesa de Lafaille que da nombre al libro, y los de su hermana Clara, mujer de escandalosa conducta. Así es que la novela está sembrada de pasajes amatorios y á veces se leen palabras de la más grosera obscenidad como en la página 128 del tomo 2.º, si bien el escrupuloso traductor ha tenido el miramiento de indicarlas solo por la inicial con puntos suspensivos.

Además hay algunas expresiones que por otros conceptos merecen especial censura.

POESÍA.

278. POESÍAS de D. Jacinto de Salas y Quiroga: un tomo en 4.º

Este libro comprende veinte y nueve composiciones, de las cuales diez son amatorias; en algunas vemos repetidas más de una vez las expresiones *el hado, el destino, la suerte,*

En la p. 42 del tomo 1.º se dice:

«Los acontecimientos generales no presentaban tampoco más halagüeño aspecto. Estos eran la emigración hostil de la nobleza, las intrigas del clero más descontento aun por la pérdida de sus bienes que por la constitución, el envilecimiento progresivo del nuevo trono y la fermentación general.»

La calumnia contenida en las palabras que van de bastardilla, es la de todos los novadores de todos los tiempos y naciones: después de la expoliación sacrílega y de las profanaciones impías vienen siempre las calumnias villanas y los infames insultos.

En la p. 100 del mismo tomo se leen estas expresiones en boca del revolucionario Riard:

«Bien sabes que te quiero, que te quiero como pudiera quererte un condenado á quien hubieses sacado del infierno. ¡El infierno! Ja, ja, ja: ¡qué necedad! ¿Qué es lo que estoy diciendo? Eso está bueno para nuestro digno cura: hé aquí mi infierno: por ti es por quien me abraso.»

El verdugo de Lyon que había tomado este oficio solamente por vengar resentimientos particulares, dice á su hija Clara á quien acababa de encontrar:

«El Dios ó el diablo que está por allí (y señalaba al cielo), quiere sin duda que una vez deje de maldecir para dar gracias (tomo 1.º, p. 124).»

Por último el sanguinario Chalier en visperas de salir al patíbulo tiene la audacia sacrílega de profanar el nombre y la pasión de nuestro Señor Jesucristo comparándose con él.

«Esta es la nube (dice en la p. 89 del tomo 2.º) que lleva en su seno el ángel exterminador. La muerte de Chalier hará lo que no ha podido hacer su vida. Mi sangre como la de Cristo caerá sobre la cabeza de mis asesinos y sobre la de sus hijos, porque en Lyon yo soy el Cristo de la revolución: mañana el caldoso será mi Gólgota y la cuchilla de la guillotina la cruz en que moriré por la salud de la república.»

Bastan estas citas para convencer la malicia de la presente novela, de cuya lectura debe de abstenerse toda persona timorata por hallarse comprendida en las reglas 7.ª, 8.ª y 16 del *Índice general* de la santa inquisición.

que aunque no signifiquen acaso en la intención del autor todo lo que realmente significan, siempre suenan mal á los oídos cristianos.

Tampoco sonarán muy bien á los de los buenos españoles zelosos del honor y gloria de su patria estos versos, que el poeta escri-

biria quizá por captarse aura popular en América donde había emigrado:

Aun me parece ver vuestros hogares (1)
Mansion de amor y de inocencia, asilo
De la pura beldad, do los pesares
A turbar no acertaran la alegría.
Luego la saña del leon de Europa
El ósculo fue á daros de falsía,
Y en orgullosa tropa
Vuestras mismas mansiones, vuestros lechos
Fue bárbara á ocupar, y generosos
Odio no le juraron vuestros pechos.
Cobra el valor, cacique, y la esperanza;
Que el leon se ha domado etc. (Pag. 29 y 30).

De igual calaña son estotros versos que se leen á las páginas 37 y 38, dirigidos tambien á los peruanos:

La flecha emponzoñada del mas fuerte
El valor abatia,
Y cuando en las llanuras de la patria
Cuerpo á cuerpo atrevido se media
Con los hijos membrudos de los Andes,
El suelo veces mil se estremecia
Antes de declararse la victoria;
Y si á veces el polvo habeis mordido,
No caisteis jamas sin mucha gloria:
*Creedme, si el hispano es vuestro dueño,
Los dioses nada mas os han vencido.*

Bien pudiera el señor Salas agradecer de otro modo á los americanos la hospitalidad que le habian dado, sin denigrar y ajar á sus compatriotas.

El drama titulado **CLAUDIA** que está al fin del libro, versa única y exclusivamente sobre amores y contiene pasajes demasiado libres como los de las páginas 119 y 120; por lo cual juzgamos cuando menos peligrosa su lectura. Nada decimos de su representacion, porque su ningun mérito y su insulsez le hacen inadmisibles hasta de una compañía de la legua.

Resulta pues que estas *Poesías* necesitaban expurgarse si hubieran de leerse; mas no siendo hoy factible deben abstenerse de su lectura las personas timoratas.

279. LA ABADIA DE CASTRO; drama en cinco actos y en prosa, traducido del francés por D. Isidoro Gil: un cuaderno en 8.º

Julio Brachioforte, hijo de un valiente capitán plebeyo, se enamora de Helena de Camporeale, hija de los condes de este título, y aspira á casarse con ella; pero el padre y el hermano de la novia ofendidos de tal pretension tratan de castigar á Julio por su insolencia y quieren obligar á Helena á casarse con el conde Octavio Orsini, cuya familia era entonces la prepotente en los estados de la iglesia. Despues de un reto en que queda ven-

cido y humillado Fabio Camporeale, Julio y Helena protegidos misteriosamente por un desconocido P. Anselmo contraen matrimonio en secreto y se disponen á esquivar las pesquisas de los Camporeales y Orsinis coligados para tomar una ruidosa venganza. Mas sorprendidos los esposos por los primeros se ven obligados á separarse, y en el combate que se traba, muere Fabio á manos de Julio, quien tiene que expatriarse. Helena es conducida á un monasterio. Al cabo de un año se presenta su inexorable padre y la pone en la alternativa ó de casarse con Orsini, ó de tomar el velo en la abadía de Castro, de la que se contaban misteriosas y trágicas aventuras. A trueque de salvar la vida de Julio, expuesto á perecer en una emboscada, Helena opta por la profesion religiosa; y en efecto va á hacerla cuando llega Julio con su amigo Rodolfo é interrumpiendo la sagrada ceremonia declara que Helena es su esposa y no puede pronunciar los votos solemnes. Pero tiene que huir otra vez y dejarla en el claustro. En esto ocurre la muerte del sumo pontífice, y á favor de la licencia que suele haber en el interregno papal y con la ayuda del partido contrario á los Orsinis trabajan Julio y Rodolfo por sacar á la fuerza á Helena de la abadía de Castro. Con improbables y perseverantes esfuerzos logran penetrar en el recinto religioso y auxiliados de sus parciales se disponen á arrebatarse á Helena; pero acude la guardia del monasterio, las religiosas y sobre todo la temible y temida abadesa, y los raptos tienen que abandonar su empresa, quedando Helena encerrada otra vez y Rodolfo preso y saliendo Julio herido de un brazo. Con deseo de ganar tiempo y ver si puede salvarla pide el cardenal Montalto (el fingido P. Anselmo) que sea juzgada por la inquisicion romana, y este tribunal la sentencia á la pena de muerte. Cabalmente en aquellos momentos está próximo á concluirse el cónclave; pero para acelerarle promueve Montalto un motin dirigido por Julio. El tribunal de la inquisicion determina en vista de esta asonada que se anticipe el suplicio de Helena, y cuando ya es conducida al cadalso, anuncia el cañon haber sido elegido papa Montalto, quien toma el nombre de Sixto V. Excusado es decir que Helena obtiene el perdon, y que Julio, sobrino carnal del nuevo pontífice, y Rodolfo entran en la gracia del soberano.

Este drama complicadísimo de la escuela romántica, en que hay conato de suicidio, desafío, asesinato, rapto, funerales, escalamiento de convento, veneno, puñal y en fin

(1) Los de los peruanos.

toda la máquina acostumbrada en las producciones del género tremebundo y horripilante, adolece además de ciertos vicios que á nuestro juicio le hacen digno de proscripción.

En primer lugar el caracter del conde de Camporeale, padre de Helena, es duro y vengativo hasta la ferocidad: no es imposible que haya algun hombre que hasta ese punto lleve la infatuacion por su noble estirpe y la prosecucion de sus planes ambiciosos, y que sacrifique los sentimientos tan tiernos á la par que fuertes de la paternidad por no ver empañado el lustre de su familia ó desbaratados sus proyectos de engrandecimiento. Pero ni todo lo verdadero y singular da asuntos adecuados á la escena, ni juzgamos de buen efecto moral ofrecer á los espectadores un padre severo hasta la crueldad, inexorable hasta el extremo de ser feroz en un tiempo en que se han relajado tanto los vínculos de toda autoridad, asi doméstica como pública.

Julio intenta suicidarse arrojandose á un precipicio; mas ni la moral, ni las reglas del arte pueden disculpar este acto criminal: aunque solo se considere dramáticamente, es un defecto, porque la desesperada resolucion de Julio no está motivada, como que solo se funda el suicida en que no ha visto á su novia quince dias hace y en que el hermano de esta le ha insultado.

El conde de Camporeale reúne en su casa á varios parientes y con ellos al cardenal Montalto: en esta junta se habla de intrigas para triunfar en el próximo cónclave y sacar papa á aquel purpurado, dando á entender que las maquinaciones y sugerencias de los príncipes y nobles, los intereses y planes ambiciosos de las facciones y pandillas deciden de la eleccion de sumo pontífice. Cualquiera que pueda ser la verdad histórica de las intrigas puestas alguna vez en juego para acumular votos en favor de este ó del otro candidato al solio pontificio (porque al cabo son hombres los electores), no debe permitirse jamas (y menos en una nacion católica y en tiempos como los presentes) que se saquen á la escena y anden en boca de histriones, ni siquiera por incidencia, asuntos tan respetables,

los cuales solo puede tratar con la debida circunspeccion la grave é imparcial historia.

Ya hemos dicho que en este drama se introduce la abadía de Castro, pintandola como una mansion misteriosa y terrible donde se ejercian las mas atroces venganzas por solo la orden de la tremenda é invisible abadesa, quien ya cediendo á resentimientos particulares ó de familia, ya convertida en instrumento de ambiciosos magnates aplicaba terribles castigos é imponia hasta la pena de muerte á manera de señora de horca y cuchillo. No hay para qué decir cuán á propósito es este episodio romántico para concitar el odio de los espectadores contra los institutos religiosos, porque sabido es que el vulgo discurre poco y mal, saca consecuencias falsas y las generaliza facilmente.

El cardenal Montalto que llegó á ocupar la cátedra de san Pedro bajo el nombre de Sixto V con mucha gloria suya y utilidad de la iglesia y de los estados romanos, aparece como un intrigante comun, un conspirador de baja esfera, un promovedor de asonadas populares, un protector ridiculo de los amores de Julio y Helena, mas sin perder de vista la venganza del asesinato de su hermano Alberto Brachioforte y el logro de sus miras puestas en el trono pontifical. Aunque todo esto fuera históricamente cierto (que no lo es), lo repetimos, seria vituperable presentarlo en escena por ofensivo á aquel glorioso papa.

En la p. 93 hablando de lo que habia ganado Helena con salir del poder de la abadesa de Castro para pasar al de la inquisicion de Roma, dice

Hugo: En primer lugar ganar tiempo.... Y además en los subterranos de la abadía no podia hacer nada su madre por ella, mientras que aquí *con sus bien ensayados escudos*....

Esta expresion es una calumniosa acusacion de venalidad contra los inquisidores romanos.

Con lo dicho creemos haber mostrado que es exacto el juicio sentado mas arriba, á saber, que el presente drama es digno de proscripción y no debe de representarse.

ADVERTENCIA. Con este número concluye el año quinto: los señores suscriptores que no quieran experimentar retraso en el recibo de los números inmediatos, se servirán renovar la suscripción por el mismo conducto que lo hayan hecho antes.
